



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 29 de Mayo de 1864.

NÚM. 27.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervera. — La procesion del Corpus en Valencia, por D. Vicente Boix. — Castigo en New-York. — Meyerbeer, por Doña Maria del Pilar Sinués de Marco. — La casualidad, por D. José Selgas, (conclusion). — Noche estrellada, (soneto) por Don Teodoro Llorente. — Epitafio para el sepulcro de Alejandrina, (poesia) por Doña Faustina Saez de Melgar. — A Leida, (poesia) por D. Enrique de Villarroja. — Juan Colin: Leyenda tradicional, por D. Dámaso Delgado Lopez, (continuacion).

Láminas. Castigo impuesto á los horrachos en el ejército de los Estados-Unidos. — Giacomo Meyerbeer. — Carga de caballería de la tribu Guaicurus (Brasil).

REVISTA DE LA SEMANA.

El primer paso que el hombre dá sobre la tierra es el primero que inaugura su marcha hácia el sepulcro: esta verdad proclamada hace tiempo, la vemos confirmada en todas las épocas y en todas las estaciones.

Hace poco apareció entre nosotros la primavera adornada con todo su esplendor, templando los frios rigores del aterido invierno; á su vista se regocijó el corazón y la naturaleza entera la saludó con entusiasmo.

Los campos se cubrieron de verde cesped, las flores brotaron de sus tallos perfumando el ambiente con su aroma, y el arroyo que dormitaba murmuró dulcemente entre el fo-

llage: las aves cruzaron el espacio deleitándonos con su cantar sabroso no aprendido y buscando un asilo entre las ramas á sus futuros hijuelos.

Hoy esa jóven y bella estacion está próxima á desaparecer de entre nosotros, pues camina con pasos agigantados hácia su decrepitud, cediendo el campo á otra estacion mas calurosa, la cual, con sus ardores, tal vez hará acallar el murmurio del arroyo, privará de sus galas á las fragantes flores, pero en cambio nos ofrecerá sus sazonados frutos.

Si las ilusiones que alimentamos á la aparicion de la primavera, nos hubieran dado un resultado parecido, puede que la despidiéramos con agradecimiento.

Pero las flores del corazón rara vez ofrecen frutos sazonados; la realidad no solo las deshoja, sino que troncha sus tallos.

Sin embargo, el hombre es tan esencialmente egoísta, que no cede fácilmente en su empresa. Al mirar desvanecida su última esperanza, se forja nuevas ilusiones que, aunque de difícil realizacion (si acaso la tienen), contribuyen á hacer mas llevadera esta vida trabajada que traemos.

Siguiendo, pues, la marcha de la época debemos adular al estío como á un amigo próximo á subir al poder y del cual esperamos muchos favores.

La primavera ha caducado, su reinado toca á su fin, y poco ó nada nos podemos prometer de ella por ahora.

Por eso saludamos con júbilo al nuevo poder que se levanta y despedimos con indiferencia al que va á sepultarse en el insondable abismo del pasado.

Segun una ley física, todos los cuerpos se dilatan por la accion del calor; y el hombre que aunque sujeto á leyes inmutables que gobiernan el mundo moral, no por eso deja de

estar regido en su parte material por otras leyes que reconociendo el mismo origen que aquellas dirigen el mundo físico, experimenta tambien los efectos de esa ley.

Así le vemos durante el invierno replegar-se en sí mismo y concentrando todas sus facultades en el gran laboratorio de su cerebro; producir despues en esta época de expansion, cuando necesita mas que nunca del trato y comunicacion con sus semejantes y del descanso apetecido, esas grandes producciones que revelándonos claramente su origen divino, sirven de ejemplo y estímulo á la humanidad.

Esto que le sucede al individuo aislado, se vé mas en relieve si examinamos á la sociedad en general.

Por eso durante la fria estacion les vemos concurrir á todos á un centro comun; al foco de la nacion: Madrid puede considerarse de España.

Allí acuden durante el invierno cuantos llevan en la mente alguna idea que realizar: necesitan de aquel calor latente, de aquella atmósfera impregnada de miasmas embriagadores, para llevar á cabo sus quiméricos sueños de ambicion y de gloria.

Pero al fin de la jornada, cuando el calor natural va dejándose sentir de una manera lenta, al despertar del letargo en que han estado sumergidos, pocos son los que ven realizadas sus dulces ilusiones, y en cambio es grande el número de los que han visto desvanecerse hasta su mas débil esperanza.

Entonces, con el corazón transido, dirigen en torno su mirada y solo encuentran la fria indiferencia; y tornan presurosos á buscar la calma en el tranquilo hogar de sus mayores.

Por eso Madrid se ve tan despoblado durante la época del calor. Pues no solo lo abandonan los que allí acudieron guiados por su ambicion, sino que, hasta sus habituales mo-

radores, deseando dar alguna tregua á sus trabajos, y no bastándoles las variadas diversiones que allí se preparan, como los Campos Eliseos y los Circos de Price y del Príncipe Alfonso, acuden á las diferentes provincias á respirar las frescas brisas de la mar.

Nuestra capital, en cambio, no es la menos favorecida; pues es grande el número de forasteros que visitan nuestras playas durante el verano.

La afluencia de éstos, ha sido inmensa en la semana que acaba de trascurrir con motivo de la festividad del Corpus. La víspera y el mismo día por la mañana tuvo lugar la cabalgata llamada de la *degolla*, y el jueves por la tarde se verificó la solemne procesion con toda la pompa digna del renombre que goza en todas partes.

Todos los balcones y calles del tránsito estaban materialmente invadidos por un gentío inmenso; y Valencia ha hecho alarde como en todas ocasiones de los sentimientos religiosos que la animan.

También nuestros teatros han estado sumamente concurridos, y en el de la calle de las Barcas se ha presentado de nuevo la señora Laborde con la *Marta* del maestro Flotow, cuya egecucion fue esmerada, rivalizando los artistas que en ella tomaron parte; distinguiéndose la Sra. Laborde, que en las variaciones finales estuvo admirable.

Por la revista y por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

LA PROCESION DEL CORPUS EN VALENCIA.

Vispera del Corpus.—Las Rocas.—Los caballets.

Antes de amanecer, una multitud bulliciosa, alegre y juguetona obstruye la puerta de la casa donde se guardan los viejos carros triunfales conocidos vulgarmente con el nombre de *Rocas*. Es la hora señalada para sacar estos carruages colosales y conducirlos á la plaza de la Constitución: ha habido tiempo en que las gentes solían arrastrar una de las Rocas hasta el punto indicado, entre la mas estrepitosa algazara y agradable confusion.

La casa donde se custodian estos verdaderos monumentos se construyó con este objeto en 1435; pero fue preciso ensancharla y renovarla por acuerdo del consejo de 5 de Mayo de 1441, quedando terminada la obra en 1447.

El origen de estos inmensos carros no puede fijarse con precision; pero no sería aventurado señalar el año 1413 como época de su invencion. Con objeto de solemnizar la llegada á esta capital del Rey D. Fernando I, se acordó en 18 de Enero de aquel año construir tres carros simbolizando la divisa del mismo Rey, en otro las *Siete sillars* y el tercero las *Siete edades*, y encargaron la egecucion á maese Juan Oliver, artista ingenioso y de gran reputacion en aquellos tiempos.

Es probable que el pensamiento que presidió á la construccion de los tres primeros carros, con el fin de obsequiar al soberano de Aragon sirviera de estímulo para construir otros, destinados á la solemnidad del Corpus, pues antes de 1413 no se encuentra documento alguno que hable de las Rocas. En 1417 se halla ya una indicacion de ellas en los Manuales del Consejo; y en 1433 se designan ya dos Rocas con los nombres de *El Paraíso Terrenal* y *El Seráfico*, concediendo en aquel mismo año treinta y cinco florines de oro comunes al convento de San Agustín para la construccion de una Roca, que los religiosos se habian propuesto costear.

El número y los nombres de las Rocas no han sido siempre los mismos. En 1512 habia doce Rocas, con los nombres siguientes: *El*

Paraíso Terrenal, *La Salutación del Ángel*, *La Adoración de los Reyes*, *San Gerónimo*, *San Vicente*, *San Jorge*, *La Cena*, *La María del Te Deum*, *El Infierno*, *El Monte Calvario*, *El Sepulcro del Redentor* y *El Apocalipsis*. En obsequio al emperador Carlos V mandó el consejo en 17 de Abril de 1528 que saliesen nueve Rocas, y entre sus nombres se hallan *El Descendimiento de la Cruz*, *San Sebastian* y *El Sacrificio de Isaac*. En 1542 habia once, y se encuentran entre ellas los nombres de *San Juan Bautista*, *Susana*, *El Hijo Pródigo* y *El Juicio Final*.

De toda esta multitud de carros se conservan desde el siglo XVI los denominados *Pluton*, *San Vicente*, *San Miguel*, *La Fe*, *La Purísima* y *La Santísima Trinidad*, correspondientes casi todos al año 1512. La moderna Roca titulada *Valencia*, se construyó en 1855 en memoria del siglo IV de la canonización de San Vicente Ferrer, aprovechando para su construcción una porción de adornos riquísimos de madera, pertenecientes al siglo XV, que se hallaban perdidos en los sótanos de la vieja casa de la ciudad. Todas las esculturas con sus mismos colores son obra de la época citada; solo es nueva la estatua que corona la obra.

El nombre de Rocas (ó *Roques* en valenciano) se debe sin duda á la figura que tenían al principio estas moles de madera, figura que tendria alguna semejanza con los peñascos de mucha magnitud.

El gremio de molineros es el encargado de facilitar los tiros que arrastran estos carros, y se distinguen siempre por la hermosura del ganado mular y el lujo de sus arreos. Los conductores suelen arrojar flores y confites durante la carrera, en los puntos donde se hallan las personas á quienes dispensan este obsequio. En cada Roca va una de las danzas que despues acompañan la procesion.

La vispera del Corpus sobre medio día, se verifica la cabalgata popular, conocida con la denominacion de *Caballets*, palabra que significa caballos pequeños, ó para espresar cariñosamente esta célebre cabalgata, ó tomándola de una comparsa de muchachos, que durante muchos tiempos llevaban colgados de la cintura los cuerpos de unos caballos de carton, de manera que parecían verdaderos ginetes.

Antiguamente salia la corporacion de jurados vestidos con sus magnificas gramallas, precedidos de su capellan de honor, á convidar al pueblo para la festividad y disponer de paso que las fachadas de las casas se adornasen decentemente, y el piso de las calles de la carrera estuviera arreglado y enarenado. Durante todo el día de la vispera se representaban delante de las casas, cuyos dueños lo solicitaban, diferentes autos sacramentales que también se repetían durante la carrera de la procesion: de estas composiciones dramáticas, que llevan el carácter del siglo XVI, solo quedan y se egecutan *El pecado de Adán*, *La Huida á Egipto*, *La degollacion de los Inocentes* y *El milagro de San Cristóbal*. La poesía del auto sacramental del *Pecado de Adán* es sencilla, armoniosa y tiene algunos trozos de magnífica entonación, á la que se presta la lengua valenciana: la descripción del Paraíso es bellísima. Es anterior á la aparición del gran poema de Milton.

La cabalgata *dels Caballets* guarda el orden siguiente:

Abren la marcha dos personajes vestidos con traje talar extraño con otras tantas banderas coronadas de hojas, y preceden al capellan de la Ciudad con hábitos talaros, montado en un soberbio caballo, ricamente enjaezado y cubierta con repostero de terciopelo negro, en cuyos extremos están bordadas las armas de la Ciudad. De este modo recorre la carrera saludando á la inmensa concurrencia é invitando al pueblo á la gran solemnidad. Si este eclesiástico pertenece á alguna de las

parroquias del tránsito, suele echarse á vuelo la campana mayor de su iglesia en señal de respeto y de alegría.

Siguen siete figurones, llamados vulgarmente *Momos*, cubiertos con antifaces negros y una moma con cetro, corona y antifaz blanco, que representan los siete pecados mortales y la moma la virtud, egecutando una danza festiva durante la carrera y otra alusiva en diferentes puntos de la ciudad.

A esta comparsa siguen diferentes danzas, que han sido varias, segun el gusto y el capricho de cada época.

Un grupo que sigue á las danzas representa á la Virgen en su huida á Egipto, asistida de San José y seguida de unos labradorcillos con traje propio del siglo XVII con las hoces y haces de trigo en las manos.

Sigue despues la comparsa antiquísima del milagro de San Cristóbal, de cuyo auto sacramental se hace ya mencion en un Manual del Consejo correspondiente al 5 de Junio de 1449. Esta pieza literaria está escrita, como todas las demás, en lemosin casi incomprensible para la mayoría, y en ella se lee por un personaje, á guisa de alguacil, un largo bando en verso, en que se cita á todas las mozas de diferentes pueblos con las gracias ó defectos que el autor quiso atribuirles. Al concluir el bando suena una bocina y una porción de figurones armados de rollos de pergamino con que golpean á los incautos, se derraman en todas direcciones para figurar los asesinos de Herodes.

A esta comparsa siguen tres personajes á caballo, representando los Reyes Magos, llevando en sus manos las pixides de sus ofrendas, acompañados de sus palafreneros.

En pos de ellos viene una cuadrilla de danzantes estrañamente vestidos, que significan los soldados del rey Herodes en el acto de pasar á cuchillo á los niños inocentes. La aparición de estos moharrachos produce una verdadera algazara, gritería, confusion y corridas, sobre todo en la plaza del Mercado, donde suelen encontrarse en gran número los labradores de nuestra huerta. Algunos años se ha procurado suprimir esta comparsa; pero el pueblo valenciano la ha echado siempre de menos y cree que no hay verdaderos *Caballets* si falta esta parte, la mas ruidosa de la cabalgata.

Presidenla los individuos de la comision de fiestas del Municipio, asistida por un escribano y alguaciles, á fin de impedir cualquier desorden y conservar la antigua costumbre de los jurados.

Es inútil encarecer la animacion y el movimiento que se observa durante la cabalgata, que respetó el mariscal Suchet.

Durante la tarde de la vispera y la mañana del Corpus recorren las danzas y las comparsas de á pié toda la ciudad bailando y representando delante de las casas de las autoridades, de los regidores y de otras personas notables, acompañadas siempre de la música del país.

Día del Corpus.—Procesion.

A las nueve de la mañana de este día se sacan también de la casa de las Rocas los ocho gigantones que representan la Europa, el Asia, el Africa y la América, ataviando á la gigante á quien se dá el nombre de *Española* con vestidos y peinado mas próximo á la última moda. Estas figuras colosales se colocan en la plaza de la Constitución entre la muchedumbre, que circula por toda la ciudad, festiva, bulliciosa y feliz. Es un día de entusiasmo, de expansion, de fraternidad; día consagrado á la mas purísima alegría, al paseo y al lujo. Confúndense en las calles de la carrera todas las clases, todos los trages, todas las edades: magnates, militares, eclesiásticos, elegantes, labradores entre multitud de colores, rodeados de una atmósfera deliciosa, bajo

un cielo bellissimo y á la vista de esas fisonomías hermosas, frescas, transparentes y delicadas de las encantadoras hijas del Turia.

Cuando el ayuntamiento se dirige á la Catedral para asistir á la Misa solemne, va precedido de todas las danzas, con la música del país; y de la misma manera vuelve á salir del templo, concluida la funcion.

A las doce se repite la cabalgata de los *Caballets*; á las cuatro se dá principio á la procesion con la salida de las Rocas.

La procesion se celebra en Valencia por la tarde desde tiempo inmemorial por varias cédulas reales y del supremo consejo de Aragon, pero especialmente por la última de 5 de Julio de 1677, en la que se prescribe que la procesion debe principiarse á las cinco y acabar á las nueve. Estas horas son las mas ó propósito para evitar las espuestas á los rigores del sol en nuestro clima meridional, y las que ofrecen una temperatura mas suave por efecto de las brisas del mar, que suelen respirar casi constantemente por las tardes.

A las cuatro, declamos, mueven las Rocas por el orden siguiente:

1.^a *La Santísima Trinidad*, que se detiene al llegar delante del palacio municipal y allí se representa por dos personajes, que figuran nuestros primeros padres, el Auto Sacramental *El pecado de Adán* y espulsion del Paraiso. En otra parte hemos hablado de esta poesia bellissima del siglo XVI; debiendo añadir que tiene sus trozos de canto llano, que tradicionalmente han llegado hasta nosotros.

2.^a *La Purísima Concepcion*, en cuyo honor se construyó esta Roca el año 1662. En ella va una danza de labradores.

3.^a *La Fe*, construida en memoria de la conquista de Valencia, que tuvo lugar en 28 de Setiembre de 1238. Va en ella una danza de moriscos.

4.^a La de *San Vicente Ferrer*, que se fabricó en 1665, y va en ella otra danza llamada de los Holandeses. Hacemos notar que la estatua del Santo alude en su actitud al ángel de que habla San Juan en el cap 14, v. 6 del Apocalipsis. Es magnífica la espada de que está armada la mano del Santo.

5.^a La del *Arcángel San Miguel*, se construyó tambien en memoria de la conquista, y va en ella otra danza de infieles.

6.^a La de *Pluton*, vulgarmente llamada la *Diablera*, por las figuras diabólicas que antes de su última renovacion exornaban la parte posterior del carro. La estatua que corona la Roca es de madera maciza y de no despreciable escultura. En ella va la danza de los *Momos*.

Y 7.^a La de *Valencia*, construida en 1855 para perpetuar la memoria del siglo IV de la canonizacion de San Vicente Ferrer.

Los conductores de las Rocas suelen hacer apuestas de consideracion en favor de los respectivos tiros, cuando se trata de probar la fuerza de un tronco, y á veces de una sola mula, en el arrastre de una de esas moles por la subida que forma la calle del Palau. Los aficionados concurren á este punto para presenciar é interesarse en estas apuestas.

Concluido el paseo de las Rocas y dadas las cinco, se dá principio á la procesion.

Abren la marcha dos Reyes de Armas con cota y demás vestiduras de seda amarilla y roja, con luengas barbas, peluca blanca y corona, llevando los Guiones del Blason de la Ciudad, y en medio el Estandarte de las Armas de Valencia, aceptadas desde la conquista del Rey D Jaime, que las recibió de Cataluña en tiempo de Wifredo el Velloso, conde de Barcelona.

Siguen seis enanos con música del país, que egecutan sus bailes donde quiera que lo solicitan, y detrás los ocho gigantes de que se ha hecho mencion en otra parte.

Detrás vienen los niños de los estableci-

mientos públicos de caridad en el orden siguiente:

1.^o Los niños pobres de la casa de Beneficencia, creada por el Sr. Rey D. Fernando VII en 1827, llevando las imágenes de San Rafael y del niño Jesus.

2.^o Los pobres de nuestra Señora de la Misericordia, asilo magnífico, creado en 1670 por el Arzobispo de esta diócesis D. Luis Alonso de los Cameros; con la imagen de nuestra Señora de la Misericordia.

3.^o Los niños huérfanos del Colegio imperial de San Vicente Ferrer, establecimiento debido á este mismo Santo en 1410; con la imagen del Niño Perdido y la de su ilustre fundador.

Siguen á los niños los gremios y oficios de la Ciudad; si no todos, muchos al menos, en el orden siguiente, suponiendo la asistencia completa.

1.^o Los Enjalmeros, con la imagen de San Antonio Abad.

2.^o Los Cajeros, con la de San José.

3.^o Los Torneros y Silleros, con la del mismo Santo.

4.^o Los Cesteros y Peñeros, con la de San Julian, obispo.

5.^o Los Tragineros, con una danza y la imagen de la Virgen en su huida á Egipto.

6.^o Los Caldereros, con la de San Juan Evangelista en el martirio de la Tina.

7.^o Los Colchoneros, con la de nuestra Señora de las Nieves.

8.^o Los Corredores de cuello, con la de nuestra Señora de la Piedad.

9.^o Los Roperos, con la de San Jaime, Apóstol.

10. Los Guanteros, con la de San Bartolomé, Apóstol.

11. Los oficiales y maestros Horneros, con la de nuestra Señora de la Merced, y á veces con un rico tabernáculo que representa al Salvador en el acto de instituir el augusto Sacramento del Altar.

12. Los Cortantes, con las imágenes de San Vicente Ferrer y de nuestra Señora de los Desamparados.

13. Los Molineros, con nuestra Señora del Consuelo, vulgarmente llamada la *Morenita*.

14. Los Alpargateros, con la de San Onofre.

15. Los Zurradores, con la de San Juan Bautista.

16. Los Sogueros, con la de San Juan Bautista y la Virgen de los Desamparados.

17. Los Guarnicioneros, con la de San Sebastian.

18. Los Herreros, con la de San Eloy.

19. Los Cerrajeros, Hojalateros, Escopeteros y Anzueleros, con la de Santa Lucia.

20. Los Armeros, con la de San Martin.

21. Los oficiales Carpinteros, con la del Niño Jesus, y los maestros con la de San José.

22. Los Zapateros, con el guion de San Crispin y San Crispiniano, y la imagen de San Francisco de Asis.

23. Los Sastreres, con la de San Vicente Mártir.

24. Los Curtidores, con la del Santísimo Sacramento, en recuerdo del robo sacrilego verificado por los moros en Torreblanca.

25. Los Pelaires, con la de la Santísima Trinidad.

Inmediatamente detrás de los gremios vienen cuatro matronas ricamente ataviadas, que representan las cuatro célebres heroínas del antiguo testamento, que significan las cuatro virtudes cardinales.

1.^a Abigail, la Prudencia.

2.^a Ester, la Justicia.

3.^a Judith, la Fortaleza.

4.^a Rut, la Templanza.

A estas cuatro matronas siguen diferen-

tes personajes de la antigua ley, como son: Melquisedech.

Isaac.

Josué

Gedeon.

Caleb y otros, llevando algunos símbolos, como son los panes de proposicion, los racimos de la tierra prometida y otras figuras de la Eucaristia.

Ocupa el último lugar el anciano Noé, á quien el vulgo llama el *Aguelo del Colomet* (viejo de la palomita), con la paloma en las manos.

A estos personajes siguen los doce Apóstoles, llevando cada uno en un escudo un versículo del *Credo*.

Vienen en pos los timbales y clarines, adornados con el blason de las insignias de la Ciudad y el Perrero de la iglesia Mayor con bordon, precediendo al clero parroquial, que guarda el orden siguiente:

1.^o El clero de San Miguel, con la imagen del Arcángel San Rafael.

2.^o El de San Valero de Ruzafa, con las de San Valero y San Vicente Mártir.

3.^o El de Santa Cruz, con la de la emperatriz Santa Elena.

4.^o El de San Bartolomé, con la del Apóstol su tutelar.

5.^o El de San Lorenzo, con la de San Gil.

6.^o El de San Salvador, con la de la Transfiguracion del Señor.

7.^o El de San Nicolás, con la de este ilustre Obispo de Mira.

8.^o El de San Estéban, con la del Santo Protomártir.

9.^o El de Santo Tomás, con la de San Vicente Ferrer, que fue su beneficiado, con hábitos clericales.

10. El de los Santos Juanes, con las de sus tutelares el Bautista y el Evangelista.

11. El de Santa Catalina, con la de esta Santa mártir.

12. El de San Andrés, con la de San Juan Nepomuceno.

13. El de San Martin, con la de este ilustre Obispo á caballo, partiendo la capa con el Señor.

14. El de San Juan del Hospital de Malta, con la del precursor de Jesucristo.

Después de los cleros viene un personaje con cota y tunicela de tafetan amarillo y rojo, peluca y barba blancas y corona, embrandando la adarga de las armas de la ciudad, precediendo á cuatro personajes que representan los cuatro evangelistas.

El primero, vestido del mismo modo que el anterior y rostro de ángel, figura á San Mateo.

El segundo, con cabeza de leon, figura á San Marcos.

El tercero, con cabeza de buey, figura á San Lucas.

San Juan va inmediato á Su Divina Magstad.

Sigue un gallardo mancebo con cota azul, cabeza y alas de ángel, con estandarte en la mano derecha y conduciendo de la otra un joven con un pez; representa al Arcángel San Rafael acompañando al joven Tobias.

Este personaje precede al ministro Pertiguero del ilustre cabildo eclesiástico con el cetro para el despejo, y detrás un diácono con la cruz de la Catedral, y detrás los ministriles de la Ciudad, vestidos de grana con galones de plata, para espresar la armonia que existe entre ambos cabildos.

Sigue la clerecía de la Iglesia Metropolitana, y entre su respetable cuerpo van tres grandes y bellísimas águilas, vistosamente escamadas de oropel, llevando de ala á ala sostenido del pico este mote: IN PRINCIPIO ERAT VERBUM ET VERBUM ERAT ADUP DEUM. En el pecho de las águilas se ven estas letras: R. E. iniciales de Roma y España.

San Juan Evangelista está simbolizado en la mayor de las águilas con el mote JOANNES escrito sobre el tozuelo. Esta grande águila lleva en la boca una paloma detenida con cintas, para dar á entender que San Juan y los demás Evangelistas fueron inspirados por el Espíritu Santo.

A la primera águila sigue la riquísima custodia de plata con la imagen de San Luis Bertran, hijo de Valencia; propio de la Ciudad.

Dos niños con túnicas blancas, encajes, cintas y coronas de flores conducen á cuatro ciegos vestidos de albas y tocando instrumentos de cuerda, figurando á los músicos de Israel, sobre todo á David, delante del Arca Santa, en su traslación desde la casa de Abinadab á la de Obededon.

Sigue otro tabernáculo de plata, igual al anterior, con la imagen de San Vicente Ferrer, propio también de la ciudad.

La segunda águila precede á otra custodia de plata, con la imagen de San Vicente Mártir, patron de Valencia y sus arrabales.

Sigue un anciano con diadema dorada, peluca y barbas blancas, revestido de alba y estola, que representa á San Juan, autor de la Apocalipsis. Acompaña al anciano un ángel con la cabeza ceñida de flores, vestido de talar carmesí, con valona de encaje y una palma en la mano; que figura el ángel que significó en la isla de Patmos las revelaciones y profecías escritas en el Apocalipsis.

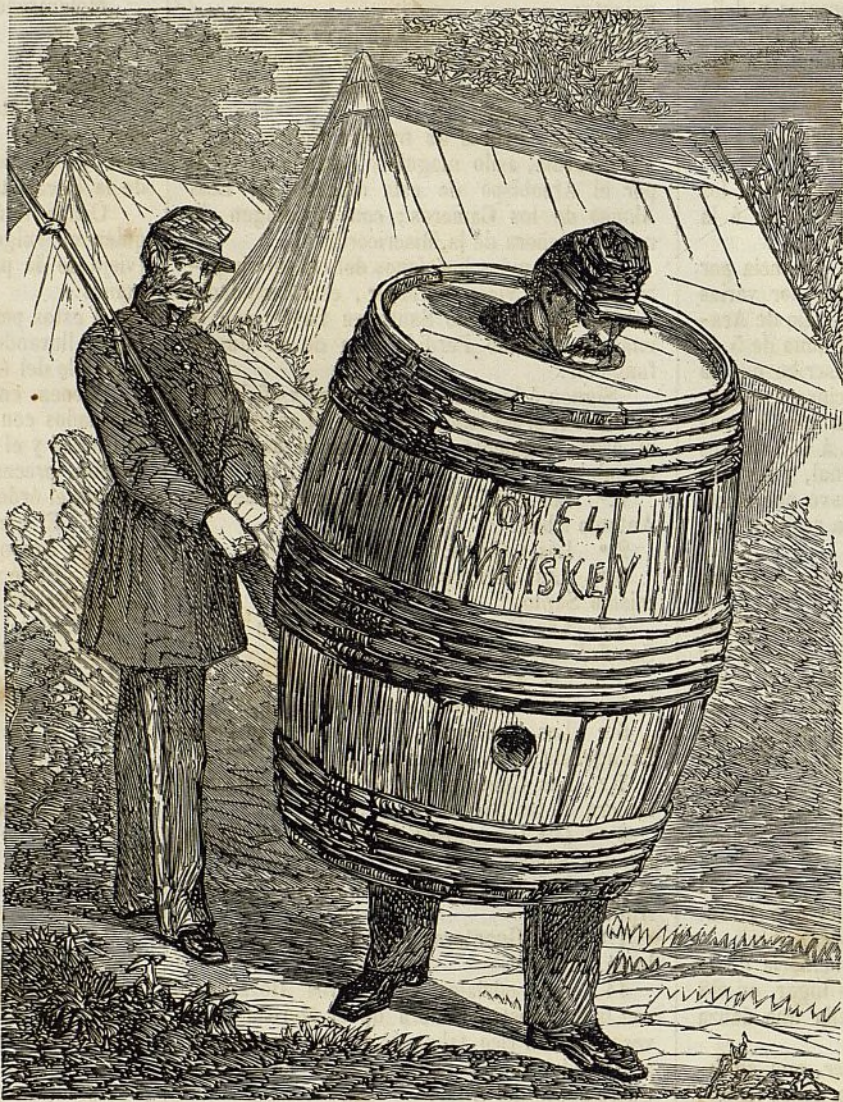
Después de la tercera águila siguen veinticuatro ancianos con pelucas y barbas blancas, corona en las cabezas y vestidos con albas, sosteniendo con el carcax unos blandones altos y muy gruesos de ochenta y tres libras de peso, adornados con las armas de la ciudad; significan los veinticuatro ancianos que con corona y vestidos blancos adoraban al cordero.

Detrás de estos ancianos vienen de dos en dos seis caballeros vestidos á la antigua española con espada y daga. Tres de ellos llevan en hermosos jarros racimos de uva y los otros tres espigas de trigo, símbolos de las especies sacramentales.

Sigue la capilla de los músicos de la catedral, vestidos con albas y tunicelas de tafetan blanco y llevan en la mano una vara de benjuí que les entrega la Ciudad. Significan á Hemán, Asaph, y otros de orden levítico, que, por disposición de David, iban cantando delante del Señor.

Entre los señores canónigos y dignidades de la Metropolitana asisten los títulos, nobles y caballeros de la Real Maestranza.

El palio de riquísimo brocado es conducido desde el púlpito de San Vicente Ferrer hasta la puerta por los maceros de la Ciudad, y en el primer turno llevan las varas el señor Gobernador civil, los Alcaldes y un Baron de los que antiguamente tenían juris-



CASTIGO IMPUESTO Á LOS BORRACHOS EN EL EJÉRCITO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

dicción suprema en sus castillos y baronías.

Al entrar Su Divina Magestad en la Santa Iglesia sorprende el magnífico espectáculo que ofrece su gran nave. Una profusa iluminación inunda de claridad estas estensas bóvedas y entre el humo abundante del incienso, los perfumes de las flores esparcidas por el suelo, se oyen todas las dulzainas, acompañando á los dos grandes órganos del coro. Es un momento solemne, armonioso, poético, inesplicable. Es preciso sentir, es preciso llorar, se necesita corazón; pero describirse debidamente no se podrá jamás.

VICENTE BOIX.

CASTIGO EN NEW-YORK.

Castigase en el ejército de los Estados-Unidos el vicio de la embriaguez de una manera poética y singularmente adecuada al carácter de aquella.

El infeliz que deja estraviar su razón por el alcohólico contenido de una cuba, se ve metido dentro de ella, sacando por un agujero, practicado en el fondo, la cabeza, como un galápago encerrado en su concha.

Los compañeros al verle caminar tambaleando y, como vulgarmente dicen, tocando la guitarra con todas las cuerdas que sostienen las tiendas de campaña, le siguen voceando: ¡Paso al Monitor! ¡Paso al Monitor! Alusión á la famosa cañonera de este nombre. El grabado dá una idea mas exacta de este pintoresco castigo.

MEYERBEER (1).

I.

Ha desaparecido del gran teatro de la vida una de esas celebridades, cuyo nombre y cuyas obras han llenado el mundo, y no serán por cierto mis queridas lectoras de *El Angel del Hogar* las que se queden sin echar una ojeada exacta sobre esa existencia que ha brillado como una luz llena de esplendor y de hermosura y se ha apagado bajo la sombra del laurel y de las siemprevivas.

Todo lo noble, todo lo bueno y esforzado hallará un lugar en estas columnas; damos hoy en ellas á la memoria del gran Meyerbeer un sitio modesto, pero digno de él, porque es un homénage sincero y entusiasta á sus virtudes y á su gloria de artista.

Jacobo Meyerbeer nació en Berlin, según unos biógrafos en el año de 1791 y según otros en el de 1794: en lo que todos convienen es en que su familia era noble y rica si bien perteneciente á la raza desgraciada y proscripta de los judíos.

A los cuatro años admiraba ya á todos por su precoz inteligencia y su maravillosa organización musical: á los siete años daba conciertos que continuó con largos intervalos hasta los nueve, á cuya edad ya no era un niño, si no un gran pianista.

Tenía quince años cuando le conocieron los abates Vogler y Clementi, quienes, sorprendidos de su talento de improvisación, se ofrecieron á darle lecciones de composición y de armonía: marchó después á Darmstadt al lado del abate Vogler, y su duro noviciado de artista, las crueles pruebas de su varonil educación empezaron en esta época: entró al instante en esa severa escuela en que tuvo por condiscípulos á Winter, Ritter, Knecht, Gansbacher y Weber el más célebre de todos: estos jóvenes no trabajaban como músicos, sino como ascetas: los ejercicios piadosos, las meditaciones y el trabajo mas asiduo se partían sus días: las horas estaban fijadas con una regularidad monástica: por todo recreo, el abate Vogler conducía á sus discípulos á una iglesia en la que tenía dos órganos: el maestro improvisaba un tema en uno de estos instrumentos y uno de los discípulos debía desarrollarle sobre el otro.

De esta suerte se formaron aquellos ilustres genios, aquellos artistas sublimes: nada desarrolla mas el talento que la constancia en un trabajo austero y exento de distracciones, y el sabio abate Vogler lo sabía muy bien al emplear con sus discípulos predilectos tan riguroso método de vida: eran tiernos arbolillos que hacia crecer rectos y derechos para que diesen algun día magníficos y sazonados frutos.

(1) Del ilustrado periódico el ANGEL DEL HOGAR que dirige nuestra apreciable colaboradora Doña María del Pilar Sinués de Marco, tomamos este artículo, que no dudamos llamará la atención de nuestros lectores.

II.

Esto duró dos años.

Un día el abate cerró su escuela y emprendió con los discípulos, que habían hecho voto de no abandonarle, un largo viaje musical á través de la Alemania.

Diez y ocho años cumplía Meyerbeer cuando hizo representar en Munich su primer oratorio *La hija de Jephthé*, que alcanzó gran éxito así en aquella capital como en Viena: por aquellos días conoció á Hummel y quiso oírle: el hermoso estilo de aquel sublime artista, su modo de tocar tan puro y esquisito, su elegancia y gracia inesplicables, causaron la mas viva impresion en el joven Jacobo, y en vez de debutar en el teatro de Viena al día siguiente de su llegada, segun tenia pensado se encerró en el estrecho y lóbrego cuarto de su posada, trabajó día y noche durante diez meses con esa poderosa voluntad, que ha sido la mitad de su genio, y no tocó en público hasta que estuvo seguro de haber tomado de las dos escuelas de Clementi y de Hummel sus mas preciosas cualidades y sus mas brillantes efectos.

Puede imaginarse el entusiasmo que escitó en los salones de Viena á su aparicion: si Meyerbeer no hubiera dejado de tocar el piano en los conciertos, Litz, Thalberg y otros músicos de los mas ilustres no le hubieran aventajado en nombre y gloria.

Pero su destino le señalaba otra via mas peligrosa y mas árdua: hizo representar *Los dos Califas* que habia escrito con la paciente lentitud que le era peculiar; sin embargo, el éxito fué inferior al de *La hija de Jephthé*: la ópera cómica era casi tan seria como el oratorio.

Meyerbeer no se desanimó; pasó los Alpes, y poco despues se escapó de su pecho el grito supremo de los artistas:

—¡Italia!... ¡Italia!

Poco despues admiró el *Tancredo* en toda su novedad, gracia y ternura... y descubrió el camino que le ocultaban las sombras de su melancolía y del humor tétrico adquirido en su penosa enseñanza.

III.

Con ardor infatigable se puso á trabajar y escribió obras para los teatros de Venecia, de Turin y de Pádua; pero los éxitos de *Emma* y del *Crociato* levantaron en Alemania una general reprobacion; jamás ha sido tratado artista alguno con mayor dureza y acritud y



GIACOMO MEYERBEER,

MUERTO EN PARIS EL 2 DE MAYO.

(Tomado de una fotografia de Mr. Adrien Tournachon.)

hasta el mismo Weber, en una correspondencia que ha llegado á ser célebre, le reconvino amargamente por lo que él llamaba un *error*, y que era solo una nueva fase bajo la cual aparecía el genio deslumbrador de Meyerbeer.

Por entonces se representaron tambien *Margarita de Anjou* y el *Proscrito de Granada*, y estas dos obras no fueron mas afortunadas para su autor que las anteriores. Meyerbeer aterrado, escardecido, humillado, calló: durante seis años devoró en el silencio, no solo sus decepciones, sino tambien los ultrajes que se le habian inferido; pero al cabo de este tiempo volvió á la arena con la frente levantada: tenia armas: llevaba escrito el drama musical, y habia señalado á este género sublime el limite, diciendo á los que intentaran seguirle:

—¡No ireis mas allá!

Sucesivamente dió á la escena *Roberto el Diablo*, los *Hugonotes*, esa obra que entre mil bellezas encierra el incomparable duo sin rival en el arte, *El Profeta*, *Struense*, *La estrella del Norte* y el *Perdon de Ploermel*: estas son sus grandes obras egecutadas en todos los teatros del mundo, y que todo artista comprende con el corazon.

La salud de Meyerbeer habia recibido grandes ataques en 1851: el gran maestro se sostenia solo á fuerza de cuidados, de reposo y conformándose, cuando su pasión por

el arte no estaba acorde, con las prescripciones de sus médicos. Pasaba todos los veranos en Spa, cuyas aguas saludables, y aires puros le hacian mucho bien; pero en estos últimos años su debilidad habia llegado á la diafanidad y su debilidad á la estenuacion: toda su fuerza, toda su vida, se hallaban concentradas en su cabeza, en sus ojos: se le ha visto en todas las primeras representaciones que se han dado este último invierno: no perdía una palabra, ni una nota, y estas veladas le fatigaban las representaciones de los *Hugonotes* en que probaba y ensayaba dos artistas, que debian trabajar en su obra inédita *La africana*, le desalentaban y le fatigaban: sin que jamás haya querido confesarlo; postróle poco hace una indisposicion ligera que le obligó á quedarse en cama y que tomó de repente un carácter grave y alarmante.

IV.

Meyerbeer no dudó un instante de que se hallaba en peligro, pero prohibió á su ayuda de cámara que lo avisase á su familia: á pesar de esta orden se comunicó la noticia por el telégrafo y sus dos hijas llegaron en la mañana del 1.º de Mayo: por algunas horas no pudieron verle porque se temia el peligro de la sorpresa para el ilustre enfermo; pero viendo que se debilitaba por instantes, se le advirtió que se habian puesto en camino y que iban á llegar.

El gran maestro recibió á sus hijas con ternura, se informó de si se las habia instalado convenientemente y dió gracias á todos por sus cuidados: cerca de las cinco y media de la mañana, del 2 de Mayo pidió un poco de caldo, le tomó, exhaló un suspiro, y pareció dormirse tranquilamente.

Habia muerto.

Un temor habia atormentado durante toda su vida á Meyerbeer: el de ser enterrado vivo: para evitarlo habia tomado las mas minuciosas precauciones.

Muchas veces han anunciado los periódicos franceses la próxima representacion de su gran obra *La africana*, noticia que han reproducido los periódicos españoles; sin embargo, Meyerbeer decia aun:

—La escena está en decadencia, yo esperaré. Aceptó, por fin, á Mlle. Sax, y en defecto de Villaret, con quien no podia contar, habia prometido oír á Nandin, ú otro tenor que le propusieran, y añadía:

—El papel de tenor es de importancia secund-

daria para mi obra, y veo además que es preciso concluir.

Se sabía que apresuraba á su copista y todas sus disposiciones estaban tomadas para que el estreno tuviese lugar el 1.º de Julio próximo.

Pero ¡ay! el gran maestro había esperado demasiado, y la muerte no espera!

Los resortes de aquella naturaleza de artista, los lazos de esa vida tan activa, tan laboriosa, tan fecunda, se han roto para siempre! ¿Se representará *La africana*? Eso no puede saberse hasta que se abra su testamento depositado en Berlín en casa de su notario.

Meyerbeer tenía en dicha ciudad un palacio de príncipe que casi nunca habitaba: artista cosmopolita, viajero infatigable, desdenando por el amor de su arte los cuidados vulgares y las molestias de la vida, él, que rodaba sin cesar por los caminos de hierro, ha muerto en un *hotel garni* (casa de huéspedes) y las honras fúnebres le han sido tributadas en la estación del Norte.

Los funerales han sido, por decirlo así, improvisados: había dejado mandado que su cuerpo fuese trasladado á Berlín, y una comisión se reunió con presteza para que al menos su féretro glorioso fuese escoltado como merecía, ya que el ilustre compositor ha querido que sus cenizas reposasen lejos de Francia que le miraba como á su hijo.

El cortejo fúnebre partió de la casa mortuoria á la una en punto: el tiempo era magnífico, y yo, en pie é inmóvil en el boulevard de los Italianos—pues no quise otro sitio para contemplar mas de cerca aquellas ilustres cenizas—le ví pasar con una mezcla inexplicable de asombro y de pena: buscaba entre aquella pompa la figura augusta de nuestra santa religión y no la hallaba! ¡No la ví, porque no iba en el entierro del judío!

¡Pobre raza que tiene el mismo Dios que nosotros, que cree lo que nosotros creemos, y á la cual, sin embargo, jamás se acerca Jesucristo ni bajo la forma de los Sacramentos, ni bajo la forma de la Redención, erigida por ella como instrumento de infamia! ¡Pueblo verdugo de tu Dios! ¡Es en vano que tus hijos sean grandes por el talento, y nobles por el génio, y poderosos por las riquezas; ninguno de ellos puede dormir en los brazos de la muerte á la sombra protectora de la Cruz!

La vanguardia de honor estaba formada por la Guardia nacional: las músicas de la gendarmería de la guardia Imperial y del primer regimiento de granaderos de la Guardia, dirigidas la una por Mr. Diedel y la otra por Mr. Magnier, y la música del tercer batallón de la Guardia nacional, dirigida por Mr. Dufrene, precedían el carro fúnebre y tocaban composiciones del maestro, entre otras, la marcha de *Schiller*, los coros de *Roberto* y del *Perdon de Ploermel*.

Los cordones del féretro eran llevados por el embajador de Prusia, conde de Goltz y el superintendente de los teatros, conde Baccocchi, —quienes los cedieron durante el trayecto á Mr. Camilo Doucet y al primer secretario de la embajada prusiana—por Mr. de Gisors y Mr. Beulé, miembros del Instituto; Mr. de Saint-Georges, presidente de la comisión de los autores dramáticos; el baron Mr. Taylor, presidente de la Asociación de los artistas dramáticos; Mr. Auber, director del Conservatorio y Mr. Perrin, director de la Opera.

Inmediatamente despues del carro, dos criados enlutados llevaban, uno, sobre un almohadon, las condecoraciones del maestro, y el otro una corona de siemprevivas. El ataúd estaba cubierto de flores.

Se veían entre los personajes oficiales y convidados, al mariscal Vaillant, al mariscal Magnan, al baron de Rothschild, á Mr. Emilio Pereire, á todo, en fin, lo que hay de ilustre y de conocido en las letras, en las artes y en la política.

Mr. Julio Beer, sobrino de Meyerbeer, y dos miembros mas de la familia, presidían el duelo. Seguía la comisión encargada de organizar los funerales, los individuos del Consistorio, la sección musical del Instituto, la Sociedad de autores y compositores dramáticos, la de los artistas, la Opera, la Opera cómica, el Teatro lírico italiano, el Conservatorio, etcétera etc.

Quince carruages fúnebres y una columna de Guardia nacional cerraban el cortejo.

Mas de doscientas mil personas le esperaban de pié desde la calle Montaigne, en que se hallaba la casa mortuoria, hasta la estación del ferrocarril. En los balcones, en las ventanas, en los tejados y hasta en los andamios de las casas en construcción, hormigueaban innumerables cabezas.

Era uno de esos imponentes espectáculos que solo se presenciaban en París.

El cortejo tardó mas de dos horas en atravesar una parte de la avenida de los Campos Elíseos, la calle Real, los boulevards, la calle Drouot y la calle Lafayette. La antigua estación del camino de hierro del Norte estaba completamente cubierta de negro: varios escudos, colocados sobre los paños, contenían los títulos de las principales obras del maestro: las tribunas levantadas sobre toda la extensión, estaban ocupadas por muchísimas hileras de damas enlutadas, por artistas, escritores, personas de la alta sociedad y estrangeros de distinción. Los artistas de la Opera y de la Opera cómica cantaron un coro del *Profeta* y otro del *Perdon de Ploermel*; pero las voces se perdían en aquella enorme sala, y apenas llegaban algunos débiles sonidos á la estremidad opuesta al estrado de los cantores. En cambio, la admirable marcha del *Profeta*, muy bien ejecutada por la orquesta, produjo sobre el inmenso auditorio una profunda impresión.

Despues, Mr. Beulé, en nombre de la academia de bellas artes; MM. de Saint-Georges y Taylor, en nombre de las sociedades que presiden; M. Perrin, en nombre de la ópera; Mr. Camilo Doucet, en nombre de la administración de los teatros, y Mr. Emilio Ollivier, en nombre del público, pronunciaron discursos muy notables que fueron muy aplaudidos.

Tal ha sido, lectoras mías, la imponente ceremonia que la suerte me ha traído á presenciar en esta populosa capital el viernes 6 de Mayo: me pareció que, á través de tanta gloria y de tanta pompa, la muerte se alzaba sobre el féretro fría, lívida, descarnada, y me dije elevando al cielo los ojos:

—¡Bendita sea nuestra católica España en la que solo residen cristianos y bajo cuyo hermoso sol, el mas modesto y pobre entierro camina bajo el amparo de la Cruz y va á buscar á su sagrada sombra la paz del sepulcro.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.
París 8 de Mayo de 1864.

LA CASUALIDAD.

II.

(Conclusion.)

A esa fortuna se llama casualidad.

Todos estamos unánimes y conformes en dos puntos esenciales de una misma cuestión, en la cual se encierra nada menos que el principio fundamental del movimiento humano.

Todos hemos convenido en que romperse una pierna, es una desgracia, y todos estamos conformes en que esa desgracia es muy fácil.

La mayor parte de las piernas que se rompen en este mundo, se rompen por ca-

sualidad; luego la casualidad es la cosa mas fácil del mundo.

Yo niego resueltamente este segundo término de la cuestión y me fundo en un hecho incontestable.

Yo digo: Si romperse una pierna fuera fácil, dos terceras partes de los hombres, por lo menos, deberian estar cojos; es así que.... luego etcétera.

Romperse una pierna es sumamente fácil siempre que se reunan todas las circunstancias necesarias para que la pierna se rompa; pero lo difícil aquí es la reunión de todas esas circunstancias: y eso es precisamente lo que hace la casualidad.

El que tenga paciencia puede observar en los hechos casuales la admirable precisión con que están cogidos todos los cabos; pues mirando bien, se ve que con una sola circunstancia que falte, la casualidad no se realiza.

Yo no sé lo que á ustedes sucederá, pero yo confieso ingenuamente que esto me tiene lleno de una estraña admiración.

La casualidad no es empírica; procede siempre con profundo y exacto conocimiento de las causas y de los efectos: hay en todos sus actos una ilación verdaderamente científica. Cada caso es un problema tan sabiamente resuelto, que el resultado no puede ser otro.

¿Qué es esto que llamamos casualidad?

¿Es que hemos tenido esa palabra como un velo para cubrir nuestra ignorancia?

A ella le atribuimos todo aquello que no entendemos ó que no queremos entender.

Hemos supuesto que existe en el órden con que todas las cosas están establecidas, una especie de elemento caprichoso que á lo mejor se mezcla en el curso de los sucesos interrumpiéndolos ó precipitándolos segun el humor con que se encuentra en aquel momento.

Cuando la casualidad produce un bien, se le llama fortuna; cuando produce un mal, se le llama desgracia; cuando no produce ni un bien evidente ni un mal palpable, se le llama simplemente casualidad.

Si á un hombre le cae la lotería, se dice: ¡qué fortuna! si se rompe una pierna, se dice: ¡qué desgracia! si al pasar por una puerta hay un clavo que lleno de curiosidad saca la cabeza y nos rasga el vestido, decimos: ¡qué casualidad!

Al decir fortuna, desgracia ó simple casualidad, parece como que queremos dar á entender que ninguno de esos tres acontecimientos han tenido razon completa para ocurrir.

Y es que los sucesos tienen una lógica, y la razon humana tiene otra; es que pasan frecuentemente á nuestros ojos como viajeros misteriosos que callan á menudo de dónde vienen y ocultan siempre á dónde van; es que por agudo que sea el entendimiento del hombre, rara vez taladra la primera corteza de las cosas: es que por mucho que mire, pocas veces consigue ver mas allá de sus narices.

Muchas veces el hombre dispone las cosas obedeciendo á impulsos desconocidos cuyo fin ignora.

Por eso vemos tantos planes perfectamente preparados salir al revés.

Hay en todas las cosas una parte siempre oculta al hombre y su razon no puede prever mas que lo que ve.

Poco antes de empezarse la batalla de Waterloo, decia Napoleon: de cien probabilidades de triunfo, tengo noventa y nueve.

En esa sola probabilidad que le faltaba se habia encerrado traidoramente la derrota mas formidable que registra la historia.

Ahora todo el mundo ve claramente que Napoleon le hubiera cambiado á Wellington las noventa y nueve probabilidades por esa sola probabilidad.

Es decir, que hubiera cambiado todo su

genio, toda su prevision militar, toda su audacia, todas sus posiciones, todo su ejército por aquella victoria.

Hé aquí cómo se mete la mano en un saco donde hay cien números y se sacan noventa y nueve sin dar con el que se busca.

Hé aquí cómo la casualidad se mofa del talento, de la prevision, de la gloria, de la fuerza y del genio.

Si esto es así, convendremos necesariamente en que la casualidad tiene mucho mas talento, mas sabiduría y mas genio que puede caber en la vasta inteligencia del hombre mas grande.

Y si ahora añadimos que la casualidad es una cosa estúpida, ciega, absurda, ¿qué es lo que nos queda que decir de la soberana inteligencia del hombre?

Son curiosos y admirables á la vez los continuos fenómenos que presenta la soberbia humana.

Por no reconocer el imperio de la Providencia, hemos creado la tiranía de la casualidad.

Nos sometemos mas orgullosamente á la fuerza de un poder caprichoso y absurdo, que al yugo supremo de la eterna sabiduría.

Creemos que la Providencia nos humilla, y apelamos á la casualidad que nos insulta; es decir, que por no inclinar la cabeza ante Dios, doblamos la rodilla ante nuestra ignorancia.

Pero así como en el fondo de cada virtud está el principio de la recompensa, así en el fondo de cada vicio está el principio del castigo.

Por eso la humildad acaba siempre por enaltecer al hombre y la soberbia por humillarlo.

J. SELGAS Y CARRASCO.

NOCHE ESTRELLADA.

SONETO.

Como la lira que á los himnos templo,
Mi pecho late conmovido cuando
La fantasía á los ensueños dando
Noche estrellada en soledad contemplo.

Ministro me imagino de aquel templo
Que está su oculto númen esperando,
Y el alma se sublima en vuelo blando
De sobrehumana aspiracion egemplo.

Envuelto del ocase en la penumbra
Al sagrado pavor no se doblega
Mi espíritu, y al cielo audáz se encumbra;

Y quizás á soñar mi audacia llega
Que por mí solo el firmamento alumbra
La baja tierra á sus fulgores ciega.

TEODORO LLORENTE.

EPITAFIO

para el sepulcro de Alejandrina.

Dichosa tú, que abandonaste el mundo,
Y en tu mejor edad subiste al cielo,
Todo es tétrico aquí, caos fecundo
De eterna desventura y triste duelo,
Tal es la tierra; el corazón suspira
En ella lamentando su desdicha,
Busca felicidad y halla mentira;
Solo tras de la tumba está la dicha.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Á LEIDA.

Viens remettre en mes mains
ton ame vierge et tendre.
ANDRÉ CHÉNIER.

Ven á mis brazos, Leida, yo te adoro
Y bebo en tu sonrisa mi alegría;
Deja ondular tu cabellera de oro

Sobre mi pecho ardiente, Leida mia,
Y tu mirada lánguida reposa
En mis amantes ojos que te miran;
Deja que aspire el aura cariñosa
Que tus labios angelicos suspiran;
Quiéreme, Leida, porque yo te quiero,
Quiéreme, Leida, que si no me muero.

Pasa el mórbido brazo alabastrino
En torno de mi cuello dulcemente;
Quiero admirar el fuego tan divino
De tus ojos, tan puro y refulgente.
Que abrasa el corazón en su dulzura:
Quiero besar tu mano encantadora
Estático de amor, y en mi locura
Apurando la copa embriagadora,
Llevarla al corazón, do repetidos
Sienta, de amor y de ilusion pulsados,
Un millon de millones de latidos,
Por ti, mi bien, tan solo titilados.

¿Qué es el amor, mi Leida? Es una estrella
Que luce entre los dos. Es tu mirada
Tierna, inocente, virginal y bella.
Es el ala de un ángel, nacarada,
Que en nuestras almas bate. Son del viento
Las ráfagas que mueven mis suspiros.
Es una voz que allá en el firmamento:
«De Dios emano, grita, y vengo á uniros
Con lazos de placer y de ternura,
Para labrar vuestra eternal ventura.»

Dicen que amor es sueño, y si creyera
Que dicen la verdad, si yo pensara
Que es el amor tan solo una quimera,
Te aseguro, mi Leida, que soñara
Sin despertar jamás. Yo viviría,
De mi ilusion entre las blancas flores,
En ti, Leida, soñando noche y dia,
Soñando en tu belleza y tus amores:
Y á fin de mas soñar, un poderoso
Narcótico tomara, una bebida,
Para alargar mi sueño delicioso,
Mientras dure el aliento de mi vida.

Mas el amor no puede ser quimera,
Que yo siento en mi pecho arder su fuego;
No es sueño no, que es llama verdadera
Que abrasa el corazón: escucha el ruego
Que dirigirte quiere humildemente,
Quien de tus gracias el poder aclama,
Quien encendió por ti tal fuego ardiente,
Y se consume en la divina llama.

Mis súplicas escucha, Leida hermosa,
Y responde á mis ruegos delirantes,
Tiende tus ojos hácia mí piadosa,
Tiéndelos por piedad unos instantes:
Di que me quieres, dílo, te lo pido
Pues pende de tu labio mi ventura,
Y puedes de dolor verme transido
O alentar mi pasión con tu voz pura;
Repítelo, por Dios, que es tu mirada
Bálsamo de bondad y de consuelo
Que tu amor para mí, Leida adorada,
Es imagen feliz del mismo cielo.

Di que me quieres, dílo, flor galana,
Perfume de pureza y de hermosura,
Bella como el albor de la mañana
Coronada de amor y de ternura;
Di que me quieres, dílo, Leida mia,
Y verás cómo pulsan confundidos,
Con feliz vibración, grata armonía,
De nuestros corazones los latidos,
Verás como el suspiro que tú exhalas
Se mecerá en los aires con el mío,
Y sin jamás pensar en fieros males
Y viviendo en felice desvarío,
Uno tras otro pasarán los años
Sin penas, sin dolor ni desengaños.

Di que me quieres, dílo, que tu acento,
Mensajero de paz y de esperanza
Me inundará de dulce sentimiento
Y de glorias que amor único alcanza:
Di que me quieres, dílo, que mi frente
De dicha y de ventura coronada,
Irradiará de gozo refulgente
Al contemplar tu faz enamorada:
Di que me quieres porque yo te quiero
Di que me quieres que si no me muero.

ENRIQUE DE VILLARROYA.

JUAN COLIN.

Leyenda tradicional.

(Continuacion.)

V.

No os he dicho, señorito, las relaciones que mediaban entre Juan Colin y los habitantes del castillo, escluyendo al jorobado de quien vemos que huía; pero el curso de mi relato os lo irá espresando, como muy pronto vereis.

Sin embargo, por ahora bastará deciros que Juan Colin desde que conoció á Catalina y á las jóvenes, parecia haberse olvidado de su sola idea de buscar á su señorita Isabel, perdida para él tanto tiempo hacia, y que era á la verdad la monomanía de su existencia.

Juan Colin creia por lo tanto que solo existia para ser el protector y estudio de aquellas jóvenes, y con todo no podia considerarse de otro modo sino como su mas servil esclavo.

Mas sigamos ahora nuestra narracion.

En el tiempo que el sacristan permaneció en la cámara oscura donde habia penetrado huyendo del jorobado, y á cuyo estremo habia oido el ruido que á su entrada le sorprendió, habia sufrido y agonizado de una manera cruelísima.

Apenas entró se habia dirigido hasta el fondo de la estancia donde oyó el ruido, pero maquinalmente y sin darse cuenta alguna de que pudiera cometer una imprudencia.

Abstraído en su camino, despues de unos instantes tropezó y comprendió que habia llegado al fin de la cámara. Quiso entonces buscar la pared con las manos, y no la halla por ninguna parte; dirigese al suelo, y encuentra los escombros que le habian hecho tropezar; é intenta entonces retirarse de ellos.

Era un momento en que la lluvia y el viento estaban en calma: el silencio era profundo.

De repente párase, fija su atencion, y oye un grito, pero estertóreo, desesperado, agonizante y algo lejano.

Sin saber por qué, principia á latir su corazón y á erizarse el cabello.

Quiere aun oír mas; salta por los escombros en busca del grito que le espantara, y cae desplomado.

Suena otro grito entonces, mas horrible aun, y casi con él mezclado un rugido humano.

Tendido conforme se hallaba, alza la vista, y á lo lejos, en las alturas, divisa una especie de resplandor; mira con anhelo; parece atravesar su vista el espacio que de aquella claridad le separa, que era producida por un agujero irregular, é instantáneamente desaparece ésta con el impedimento de una sombra, de un objeto, de una muger, en fin, como Juan Colin en un rápido instante se la representó en su imaginacion.

Una idea cruza por su mente: un rugido ahogado se escapa de su pecho, y se levanta para correr, cuando en este momento aparece por el otro lado de la estancia en que se hallaba, y con una luz en la mano, la repugnante Catalina, que á buscarlo venia.

Juan Colin se domina y va en su busca lívido y tembloroso, aunque haciendo grandes esfuerzos por parecer lo contrario.

—No ha bajado, le dijo entonces Catalina.

—¿Quién es ese hombre, Catalina? le replicó Juan Colin con impaciencia.

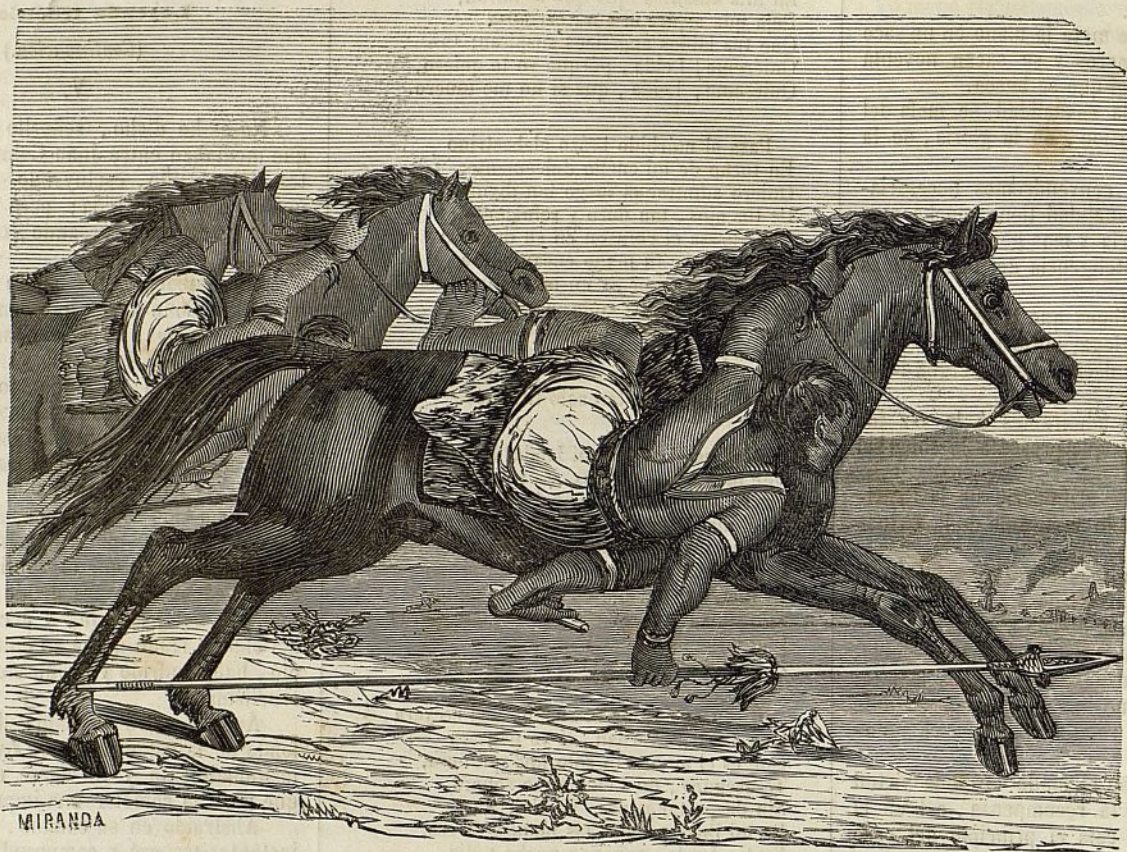
—¿Qué te ha pasado? ¿estás malo?

—No; pero te suplico me digas quién es ese hombre; por qué causa ha venido á ser el protector ó el verdugo de esas jóvenes.

Catalina, que se habia sorprendido al principio, no tardó en reponerse, creyendo comprender algo, así es que le contestó:

—¿No te lo he dicho ya otra vez? ¿Por qué ahora esas nuevas preguntas?

—Sí, sí, me lo has dicho; pero necesito



CARGA DE CABALLERÍA DE LA TRIBU GUAICURUS (BRASIL).

oirlo nuevamente. Debes sin duda haberme engañado.

—Bien hacia yo en dudar de tu amor, puesto que de mí dudas.

El sacristán reflexionó un instante y cambió el tono impaciente de sus preguntas.

—No, Catalina, nunca he dudado de tí, porque solo tú es la que me ha podido amar en este mundo; pero he oído hablar á ese hombre, á ese jorobado, y me ha parecido que su acento gutural tiene algo de árabe.

Juan Colin acababa de mentir, porque no había oído ni visto jamás al jorobado, misterioso habitante de la torre; pero Catalina no creyó fuese esto una mentira, y le respondió:

—¿Y habrás sospechado por lo tanto que ese hombre tendrá algún otro interés ó relacion con esas jóvenes, que el que yo te he manifestado?

—Sí, sí.

—Juan, estás equivocado, pues no hay otra cosa que lo que te tengo dicho.

—Cuéntamelo.

—Ese hombre, huyendo de la justicia, se metió en un castillo abandonado y allí encontró una muger en la agonía, que acababa de dar al mundo dos hermosas niñas. La muger moribunda, al ver allí á un hombre, le suplicó fuese el protector de aquellos dos seres inocentes, y espiró unos instantes despues. Ese hombre, pues, de quien sospechas, es el único y verdadero padre y protector de esas dos jóvenes.

—Ha muerto verdaderamente, le interrumpió sollozando el sacristán.

—Sí, Juan, y desde poco tiempo despues, yo he sido la que he cuidado de ellas.

La impaciencia demostrada por Juan Colin en sus primeras preguntas, su reaccion despues y últimamente sus lágrimas, debieran haber sido suficientes para destruir las ideas que se hubieran despertado en él al escuchar los gritos y los rugidos; pero los primeros parecían repetirse de continuo en su oído; así es, que despues de pasados unos

instantes, pareció recuperarse y volvió á preguntar á Catalina:

—¿Cuándo te decides? Es preciso ya de todo punto marcharnos, y solo en ti consiste.

—Aun tenemos mucho que hablar.

—Bien, esta noche.

—Esta noche hablaremos.

—Sin falta alguna.

—Sin falta.

Y en esto entraron en la estancia donde se encontraban ambas jóvenes.

VI.

La lluvia aun continuaba, pero no tan espesa, y en cambio el viento reinaba ya en el espacio con la furia del infierno.

Las jóvenes se encontraban juntas murmurando rezos de terror; pero con un aspecto de tranquilidad inspirado por su reflexion, anticipada bastante para sus años.

Juan Colin y Catalina entraron en la cámara.

La noche avanzaba en tanto envuelta en el horrible manto de sus tinieblas, cubridoras de los horrores, las desesperaciones y los crímenes.

Lívido aun se encontraba Juan Colin, y su cabeza parecía arder como un horno, á la persistente idea que de él se habia apoderado, producida por los dos gritos y el rugido, la luz, el agujero en la altura y la sombra.

Se dominaba, con todo, y casi casi pudo hacer desaparecer su temblor en el momento de entrar en la estancia y á la presencia de las niñas.

—¿Conque estais dispuestas á marchar, hijas mías? dijo Juan Colin al acercarse á ambas jóvenes.

—Cuando vos queráis; ¿no lo sabéis? repusieron las dos.

—Pero recordad que debemos huir con el misterio, y por consiguiente, con privaciones y peligros.

—Estad tranquilo por nosotras, contestó entonces la que se llamaba Isabel.

—Ya sabéis que tenemos bastantes enemigos, y es preciso mucha, mucha prudencia.

—Toda cuanta sea necesaria la tendremos, hasta el punto de vender, si llegase el caso, cara nuestra existencia.

—Bien, hijas mías, bien; ahora es preciso que todo lo tengais dispuesto.

—Ahora mismo, si quereis.

Juan Colin se detuvo un instante, y mirando á Catalina, le dijo:

—¿Podrá ser esta noche?

—Si quieres, sí.

—Velad; esta noche nos marcharemos.

—Gracias, Dios mio, dijeron á la par las jóvenes.

—Dormid si quereis un momento; os es muy conveniente; todavía es temprano, y lo mas pronto que podremos salir del castillo, será de una á dos de la madrugada.

—No podremos dormir.

—Acostaos vestidas, y tú tambien, Catalina.

Una mirada de inteligencia cambió entonces Juan Colin con ésta, que añadió:

—Y tú, si quieres descansar, allí tienes tu cuarto.

—Me retiro.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Juan Colin entró en el cuarto que Catalina le habia señalado: las dos niñas tambien desaparecieron por otra puerta y Catalina las siguió.

(Se continuará.)

DÁMASO DELGADO LOFEZ.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.